

# LA MODA.



REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 10 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—ADVERTENCIA.—TEATRO PRINCIPAL, por D. Francisco Flores Arenas.—BARRUNTOS DE NAVIDAD, por D. Francisco Flores Arenas.—EL NACIMIENTO DE JESUS, por D. Alonso de Bonilla.—EL CRIADO, por D. Julio G. del Busto.—NOVELA RUSA, EL ESPADACHIN, traducido de J. Tourgueneff, conclusion.—ADVERTENCIA Á NUESTROS SUSCRITORES.—ANUNCIO.—GEROGLÍFICO.

## ADVERTENCIA.

Próximo á terminar el presente año, recordamos á los Sres. Suscritores que gusten continuar favoreciéndonos, lo conveniente que les será renovar su suscripción á tiempo, á fin de que no sufran retraso en el recibo de los números, y llamamos su atención sobre las notas que ponemos al final del presente.

## TEATRO PRINCIPAL.

El Sábado anterior se verificó por fin la primera salida del Sr. Boucardé en la ópera *El Trovador*. Numerosa era la concurrencia, y no menos grandes los deseos de oír y de juzgar al nuevo tenor, cuya fama era conocida. Presentóse este, y fué al principio acogido con cierta reserva. ¿Por qué? Procuraremos explicarlo según lo entendimos.

El Sr. Boucardé no es de esos tenores que desde luego cautivan por la extensión de su voz en los puntos altos, y no porque desde luego neguemos que los tenga, sino porque ocurren circunstancias en la vida de los artistas que les impiden mostrar todos sus medios. Nosotros ignoramos, y creemos que el público también ignora todavía, si la imposibilidad de dar ciertos puntos de su papel es en el Sr. Boucardé orgánica, y por tanto permanente, ó bien nacida de un acausa accidental y transitoria, como por ejemplo el natural cansancio de un viaje molestísimo y prolongado. Esto el tiempo lo aclarará; pero lo que no necesito aclarar es que el nuevo tenor modula y vocaliza admirablemente, que su método y su afinación son perfectos, que canta con una expresión deliciosa, que es en fin todo un maestro, todo un artista.

Necesario era por tanto esperar á la ejecución de una de esas piezas de empeño, en que el cantante puede hacer valer todos los recursos que posee,

DICIEMBRE.

y esta pieza fué el ária del acto tercero, donde Verdi parece haber compendiado toda la fuerza del papel de su tenor. El andante fué cantado con tan exquisito gusto, de una manera tan superior, que el público rompió en un aplauso universal y nutridísimo, presagio del que esperaba al Sr. Boucardé en la cavaleta. Aquel fué un verdadero entusiasmo, aquello fué una ovación estrepitosa, y los bravos y las palmadas atronaron el coliseo, obligando al artista á que repetidas veces se presentase ante un público, harto ilustrado para aplaudirlo antes de juzgarlo, y harto justo para que juzgado ya, dejase de aplaudir lo que en él veía digno de aplauso.

Estas muestras se repitieron en el *miserere* del siguiente acto, compartiendo en él el éxito y el premio con la Sra. Peruzzi, que cantó admirablemente como ella acostumbra.

Nos falta espacio para decir hoy algo de *Lucrecia Borgia*. Diremos por hoy, no obstante, que no es fácil cosa igual á la manera con que fué cantado su magnífico terceto por la Sra. Peruzzi y los Sres. Boucardé y Selva.

El público pidió y obtuvo su repetición.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

## BARRUNTOS DE NAVIDAD.

Los barruntos de Navidad se muestran en dos cosas: en la temperatura y en los bolsillos. Hay sin embargo una diferencia entre ambas, á saber: que el termómetro baja para todos, y respecto á la bolsa, si mengua para los mas, crece para algunos. Expliquémonos.

Todos saben que no bien asoma en lontananza la Noche Buena por los últimos términos del almanak, cuando el periódico, que por lo común ha penetrado todo el año en casa por debajo de la puerta y sin llamar á la campanilla, se apersona una vez en carne y hueso provisto de décima ó targeta. El periódico toma esta vez la forma del repartidor, y aunque él sea de la oposición, pide entrar á la parte en el presupuesto extraordinario de pascuas. ¿Cómo se le niega?

El sereno, que ha manifestado su presencia des-



de la calle cantando por las noches á guisa de ruiseñor, salva la dulzura, al llegar Navidad sale á la luz del día para visitar las casas cuyas puertas ha tentado diariamente con el regatón de su chuzo. Viene despojado de su concha nocturna; pero á pesar de eso consulta el cariz del amo de la casa, por lo comun nublado en tales días, para calcular lo que le lloverá á él en el bolsillo; porque mucho ó poco siempre llueve algo para el sereno.

Vienen en pos los municipales del barrio. Estos representan el día, si aquellos la noche. Vienen á pedir el resto de las veinte y cuatro horas.

Pero el día tiene también su aurora, á la que los poetas suelen pintar en un carro y vertiendo flores y perlas. En Navidad se presenta bajo otra forma; bajo la forma del basurero madrugador. Trae también su carro; pero no perlas ni flores, al menos no huele á tal cosa lo que trae. Saluda desde el patio con un gruñido en gallego; pero se da á entender lo bastante.

La musa Euterpe tiene también su representación en estos días. Como acostumbrada á vivir al aire libre en el Pindo, rehuye subir las escaleras y se queda en el patio con sus violines y pandereatas. Viene ciega y se contenta con poco. El arte está acostumbrado á la sobriedad, cuando no canta en los teatros. Entonces se desquita.

Pero hemos hablado de teatros. Allí asoma la décima peticionaria desde el primer escalón, y os sigue de piso en piso, os acompaña en la luneta, y no os abandona hasta salir por la puerta de la calle. Es como la Hidra de Lerne: no os basta cortarle una cabeza, porque por cada una de las cortadas retoñan siete.

El alumbrador del gas, el portero de esta ó la otra oficina, los vigilantes, el cartero, en suma, mil y mil personas que por antigua ó reciente posesión se juzgan con derecho inconcuso á pedir, y con obligación en los demás de dar, van pasando por delante de Vd. á modo de los espectros de Macbeth; solo que aquellos son mudos y estos no. En una palabra, ni siquiera sirve tomar iglesia: no os faltará allí un sacristán que os dé las pascuas; y ya se sabe que el dar pascuas es pedir las. Hasta las acepciones de las palabras se truecan cuando barrunta Navidad.

Otro barrunto, no menos agresivo, es la feria que surge por semejante época en los confines de la plaza del mercado. Aunque ella es en esencia la misma todos los años, hay algunos en los que por circunstancias especiales crece ó mengua. Diremos dos palabras de la actual.

Nunca la hemos conocido mas numerosa, con especialidad en el ramo de espectáculos, los cuales ocupan toda la espalda de los puestos en la línea del oeste, extendiéndose á gran parte de la ancha calle de Tomás Isturiz. Vense allí teatros de acróbatas, escenarios de polichinelas, juegos de manos, las astucias de Luzbel, el nacimiento, las graciosidades del tío Isasio y del alcalde Cucharon, el testamento de la tía Norica, el ferro-carril de Cádiz, la niña Sanson que levanta una gran piedra con el cabello, la guerra de Africa, y otra

porción de cosas mas que menudamente se explican en los anuncios colgados de las tablas de las barracas. Cada uno de los expresados espectáculos tiene su especial música, que llegada la noche atruena el barrio con lo discorde de sus varios instrumentos. Ya es la trompeta marcial, ya la barberesca guitarra, ya el bombo y el clarinete, ya el portátil organillo, y ya en fin la gaita gallega. Todos suenan á la vez: ya puede suponerse la infernal armonía que producirán, máxime si la ayudan las trompetillas, las zambombas y las matracas de los chicos, con los gritos de los que desde las puertas de los espectáculos invitan al público, anunciándole que vá á comenzar la función.

En el sitio de costumbre se zarandean entre tanto las cunas volantes, donde por cuatro cuartos hace cualquier prójimo un viaje aéreo, que le permite gozar á vista de pájaro de la amena vista de las coles y del perejil que pueblan la frontera plaza de abastos.

Los puestos de juguetes se extienden hoy desde los escalones de la iglesia de los Descalzos hasta el ángulo del mercado, continuando por toda la hilería del norte de éste. La confección de la mercadería permanece estacionaria, ó poco menos. Ni siquiera se han puesto cañones rayados en las murallas de Belén. Obsérvanse, sin embargo, entre el rey Herodes y el portal algunos soldados con su poncho y su ros, y hasta hemos visto algunos oficiales de marina con levita y gorra. Es progreso de este año.

El resto de la feria lo ocupan las mesillas de bellotas de la Sierra, y los puestos, adornados de verdes y mohosos oropeles, donde se expende un empedernido turrón, que según su apariencia necesitará para ser reducido á materia masticable el martinete de las obras del muelle nuevo.

También hemos visto ordenados en pilas en un rincón muchos platos de loza fina de la Cartuja. Hemos temblado por ellos. Dios los preserve de la pedrada de algún maligno chico callejero.

Las históricas esteras de las buñoleras continúan sin otro menoscabo que el consiguiente á su respetable ancianidad. Las pulgas que las habitaban en el zaquizamí de donde proceden, hacen fervidos votos porque pronto se quite la feria para volver á tomar por el año entrante pacífica posesión de sus antiguos nidos.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

---

## AL NACIMIENTO DE JESUS

POR

## ALONSO DE BONILLA.

---

—Decid, ¿cómo os puso amor,  
entre mula y bucy, Señor?

—Pecador, ¿qué me preguntas?  
No es mucho nazca entre yuntas  
si he de ser el sembrador.



—¿En qué tierras y en qué granos  
sembráis en la tierra vos?

—Siembro palabra de Dios  
en corazones humanos.

—¿Qué temeis, si en el portal  
ángeles rondan el suelo?

—Otros me traerán del cielo  
copa de licor mortal.

Hoy ví la risa llorando  
y el gran tesoro en pobreza,  
temblando la fortaleza  
y la palabra callando.

—De estas ovejas de acá  
no cuide el lobo enemigo.

—Pues, niño, ¿quién cuidará?

—Como ellas vengan conmigo  
mi padre las guardará.

Hánse muchas despeñado  
por la ausencia del pastor.

—Decid por donde, Señor.

—Por las peñas del pecado.

—La ropa de un atrevido  
osan vestiros, mi Dios?

A fé que entiendo que vos  
andais por morir vestido.

El noble que disfrazado  
va con ropas de un traidor,  
no tiene vida y honor  
seguros del agraviado.

Vistióse vuestra Deidad  
la ropa de Adán infiel,  
y así morireis por él  
vestido de humanidad.

De madre salisteis, Dios,  
cual amigo de la vida,  
y como sois avenida  
todo os lo llevais tras vos.

¿Por qué, entre nieve inhumana,  
teneis, madre, al niño vos?

—Porque es cordero y dá Dios  
tanta nieve como lana.

—¿A la inclemencia del cielo  
le tienen sin mas calor?

—Bástale el fuego de amor  
para tan acerbo hielo.

—El cordero sin segundo  
¿no veis cuán desnudo está?

—Mas desnudo se verá  
cuando lo despoje el mundo.

—Para confirmar que es bueno  
el pobre estado en su ley,  
un amante y dulce rey  
está durmiendo al sereno.

Puesto al sereno suspira  
rey de inmensa magestad,  
porque es la serenidad  
del diluvio de su ira.

Hijo de Dios poderoso  
naces en casa sin puertas.  
porque siempre están abiertas  
las del corazón piadoso.

## EL CRIADO.

Muchas páginas se necesitarían escribir, para dar  
idea exacta del criado en todas sus fases.

Sin embargo nos contentaremos con exponer, en  
las menos palabras posibles, lo que se nos ocurra.

Si echáramos mano de la *filosofía sentimental*  
para explicar nuestro pensamiento, diríamos: "el  
criado es un germen de desórden y disgustos en la  
familia." ¡Y nos valemos de él, para mejor orde-  
nar las cosas!

Tomamos un criado, y en los ocho primeros días  
consequimos nuestro objeto: estamos servidos, co-  
mo vulgarmente se dice, á *punto de solfa*; pero al  
novenio, notamos alguna novedad, y esto por una  
de tres razones. O el criado es *listo*, ó *así así*, ó  
*tonto*.

Siendo *listo*, tenemos un profundo pesar, porque  
hace mas de lo que es su obligacion. Va á la compra  
muy perifollado y compuesto; tarda en volver  
porque está de *conquista*, y cuesta todo mas caro.  
Como en las casas suele haber repuesto de vitua-  
llas, conociendo él cuan perjudiciales son los efec-  
tos del transcurso del tiempo, que todo lo destruye,  
se aprovecha de ellas antes que desaparezcan por  
consuncion. Como el talento le rebosa, demuestra  
sus facultades oratorias, ya argumentando con el  
amo de la casa que le reprende por algun descuido,  
ya recitando para sus adentros algun apóstrofe, al  
que de muy buena gana diera salida, si el temor no  
estuviese de por medio.

Es un criado *así así*.... Estamos á medio ser-  
vir, y pagamos una calamidad. Las cosas que eje-  
cuta, que son las menos, las hace á medias, y por  
consequiente tenemos que acabar nosotros estas,  
y empezar y concluir las que nos dejan por hacer.

Las cualidades dominantes en esta segunda cla-  
se de fámulos son, las de *remolones*, *desaseados* y  
*perezosos*. Nunca hacen las cosas á tiempo, ni el  
primer día, ni el siguiente, ni el último. Se les re-  
gaña, y callan como un muerto sin que procuren  
enmendarse; se les llama para encargarles cual-  
quier asunto, y responden con un *allá voy*.... que  
tarda en realizarse doble tiempo que el necesario  
para efectuar la comision. Y menos mal cuando  
contestan, que otros se hacen los sordos, logrando  
que nos desgañitemos desde nuestro cuarto, obli-  
gándonos por último á salir de nuestra habitacion  
á la inmediata, á fin de que nos oigan, y luego á  
la otra, y despues.... á la de mas allá, y en segui-  
da.... á la en que están ocupados.... en dormir so-  
bre una silla.

El doméstico *tonto*, es el *non plus ultra* de las  
calamidades.

Todo lo hace al revés: todo lo equivoca. Vá á  
limpiar algun mueble, y lo rompe: se le envia á un  
recado, y no le entienden: sirve á la mesa y nos  
bautiza con una salsa, ó nos encaja un asado en-  
cima de la ropa: se muere para todo: es verdade-  
ramente *una muerte*, como dicen las señoras de  
la casa.

De modo, que con cualquiera de las tres clases



de criados, siempre estamos mal servidos.

¿Consiste esto en el mayor ó menor número de sirvientes?

Tomemos otro criado mas. Entonces dividimos los quehaceres, dedicándolos á distintas operaciones; pero corremos dos riesgos terribles: que se aumen para *hacer negocio*, ó que estén como perro y gato.

Primer caso: bien para ellos: mal para el amo: se aumentan los gastos en proporcion geométrica y nada hay que baste.

Segundo caso: peor que peor: el uno deja sus quehaceres porque no son de su incumbencia, y el otro tampoco se considera con la obligacion de suplirlos. Entra la polémica sosteniendo cada cual su opinion: llega el que manda, y al distribuir las funciones se halla con que no hay conformidad con la sentencia; viniendo á convertirse lo que antes era duo de gritos, en terceto insorportable, que tiene por final un disgusto sin resultado.

Supongamos todo lo mejor que se puede suponer, es decir, que los dos criados son excepcion de la regla general. El mas antiguo, creyendo que el conocimiento de los gustos del señor ó señora le dá ciertos fueros, dispone del nuevo sultánicamente, y hé aquí otra disputa: manda el antiguo, y replica el moderno; "á mí nadie me tiene que encargar nada, fuera de los señores." Llegamos al ruido, damos la razon al último, y el antiguo se *resiente*, y se marcha porque no se le guardan las consideraciones &c. &c. que se le deben.

Así que un criado es el *limbo*, y dos el *purgatorio*.

Tomemos tres, peor: cuatro, pésimo: cinco, seis, siete.... y en lugar de casa tendremos el *infierno* por vivienda.

Y dejo de enumerar los *graciosos lances*, que ocurren á cada momento.

Y no hago mencion de las *obligadas y ruidosas despedidas*.

Y no refiero las *buenas ausencias* de los amos.

Y me callo muchas cosas, porque no se nos pregunte ¿entonces qué resolucion adoptar?

Hé aquí nuestra única respuesta.

Adagio doméstico: "en lo que puedas hacer tú solo, nunca teagas ayudar."

JULIO G. DEL BUSTO.

## NOVELA RUSA.

### EL ESPADACHIN.

TRADUCIDO DE J. TOURGUENEFF.

(CONCLUSION.)

—No, respondió Nenila.

—Pues bien, marchemos.

—Y adónde vamos?

—A Dolgui-Lugue.

—Que vaya Tanincha.

—Tanincha! Tanincha! exclamó la jóven saltando con la ligereza de un pajarillo.

Un instante despues se dirigia con Kister á Dolgui-Lugue. Al pasar por el Prado, dió de comer á un cordero favorito, le cogió la cabeza y obligó á Kister á que le acariciase.

Estaba loca de júbilo y hablaba mucho. La doncella les seguia á una distancia respetuosa, y de tiempo en tiempo miraba maliciosamente á su señorita.

—Kister, ¿estais enfadado conmigo? preguntó la jóven.

—Y por qué lo he de estar, María?

—Hace tres dias ¿os acordais?..

—No teniais buen humor... eso ha sido todo.

—Por qué vamos así separados?... Dadme el brazo... Si, eso fué todo; pero tampoco vos estábais de un humor alegre.

—Es cierto.

—Hoy es otra cosa, ¿no es verdad?

—Sí, me parece que hoy...

—Y sabeis el motivo?... añadió meneando la cabeza y sin mirar al jóven. Yo lo sé muy bien: es porque estoy con vos.

Kister la estrechó la mano con presteza.

—Pero nada me preguntais?

—Y sobre qué?..

—No seais hipócrita... sobre mi carta.

—Esperaba...

—Si, prosiguió María, me alegro estar con vos porque sois bueno, porque no pretendéis... porque sois un hombre delicado...

Kister no comprendia las palabras de la jóven.

—Cogedme esa flor... esa, que es tan bonita!

María tomó la flor, la contempló un instante y luego de repente soltando su brazo, la puso sonriendo en el ojal de Kister. En aquel momento sus bonitos dedos casi tocaban á los labios del jóven. Kister los miraba, y despues alzó los ojos á ella. Entonces María inclinó la cabeza como para decirle:

—Os lo permito.

Kister besó la extremidad de su guante.

Entre tanto llegaban á la selva. María se quedó pensativa y silenciosa. Estaban en el sitio en que habia encontrado á Lutchkof. La yerba pisoteada no se habia levantado aun; las ramas doblegadas por los latigazos del capitan estaban mustias. María echó una mirada en su derredor, y luego volviéndose hácia Kister, le dijo:

—Sabeis por qué os he traído aquí?

—No.

—Ah! ¿cómo no me hablais hoy de vuestro amigo, cuando antes me haciais tantos elogios?

Kister bajó la vista sin responder.

—Sabeis, repuso María haciendo un esfuerzo, que ayer le dí yo una cita en este lugar?

—Sí, lo sabia, repuso Kister con tristeza.

—Ah!... entonces comprendo por qué hace tres dias... Segun parece, Lutchkof se apresuró á liasonjearse de su *conquista*.

Kister iba á responder, y ella le cortó diciéndole:

—No me hagais ninguna objeccion, el capitan es vuestro amigo, y acaso intentarais defenderle....



Ah! ¿Teníais noticia de la cita?... ¿Y por qué no me habeis impedido que acudiera á ella?... Conocíais esa locura... ¿os era indiferente pues?

—No; pero ¿con qué derecho habria yo podido...

—Con el derecho de un amigo... pero él tambien lo es... lo siento... Ese hombre se ha conducido ayer de una manera...

María volvió la cara; los ojos de Kister se encendian, pero su rostro se habia puesto pálido.

—No os incomodeis; oidme, Teodoro, nada malo ha sucedido. Me alegro mucho haber recibido semejante leccion... ¿Por qué pensais que os hablo así? ¿por qué tengo que quejarme de Lutchkof? No por cierto; no quiero ni acordarme de él; pero soy culpable con vos, amigo mio. Quiero explicarme, quiero suplicaros que me perdoneis y que me deis un consejo... ¡Os habeis conducido conmigo tan francamente!... ¡Estoy tan á gusto en vuestra compañía!... ¡No sois un Lutchkof!

—Lutchkof es desagradable y grosero, repuso Kister; pero...

—Os atreveis á emplear restricciones? Es desagradable, grosero, malvado y vanidoso, ¿lo entendéis?

—Hablais bajo la influencia de la cólera, María, murmuró Teodoro.

—Miradme, amigo mio, ¿se me conoce que estoy encolerizada? Pensad de mí lo que querais; pero si pudiérais suponer que hoy me acojo á vos por espíritu de venganza, ¡oh! entonces me irritaria de veras...

Y al pronunciar estas palabras, la jóven tenia lágrimas en los ojos.

—Sedme franca, María.

—Cómo! Miradme pues; ¿no soy franca con vos? ¿no leéis en el fondo de mi alma?

—Os creo, repuso Kister; pero decidme por qué motivo habeis dado esa cita á Lutchkof.

—A la verdad, yo misma no lo sé; queria que hablásemos á solas, me decia que aun no habia tenido ocasion de explicarse... Ya la ha tenido, y os confieso que quizá será un ser extraordinario... pero es un hombre estúpido, no puede decir dos palabras seguidas... y es descortés... en fin no debo acusarle demasiado... puede que me haya considerado como una jóven loca... Muy rara vez le habia dirigido la palabra... excitaba mi curiosidad, y pensaba que era vuestro amigo...

—Por Dios, exclamó Teodoro, no le llameis amigo mio.

—No quiero romper vuestras relaciones.

—Pues yo estoy dispuesto á sacrificaros no solo mis amigos, sino... Entre Luschkof y yo todo está concluido.

María le observó con atencion.

—Pues bien, repuso, que el cielo le proteja. Lo que ha pasado no se me olvidará, la culpa ha sido mia. Durante muchos meses he visto con frecuencia á un hombre bondadoso, honrado y de talento que...

María vaciló un instante, y luego prosiguió:

—Que, segun parece tenia hacia mí cierta incli-

nacion; y yo, loca, le preferia... no, no le preferia, pero...

María bajó la cabeza con aire confuso y se calló.

Kister experimentaba una emocion singular.

—Será posible? exclamaba; ¡María!...

La jóven alzó la frente y le miró con los ojos anegados en lágrimas.

—No adivinais, le dijo, de quién hablo?

Teodoro la tendió la mano; la jóven la tomó con ansia.

—¿No es verdad, le dijo, que sois mi amigo, un amigo fiel?... ¡Cómo! ¿No me respondeis?

—Soy vuestro amigo, no lo ignorais, murmuró Kister.

—Y no me condenais? Me perdonais? No me comprendéis? ¿No os burlareis de la pobre jóven que un dia dió una cita al uno y al siguiente habló con otro... como hablo con vos? ¿No es verdad que no os burlareis de mí?

Las mejillas de María estaban cubiertas de un vivo encarnado, y sus dos manos se apoyaban en el brazo de Kister.

—Burlarme de vos! exclamó Teodoro... María... os amo...

La jóven se cubrió el rostro.

—¿Con qué no sabeis que os amo hace tanto tiempo?...

## X.

Tres semanas despues de esta conversacion Kister estaba sentado en su cuarto y escribia á su madre la siguiente carta:

"Mi querida madre: Me apresuro á daros parte de mi júbilo... me caso. Esta noticia os sorprenderá sin duda, porque nada en mis últimas cartas pudo haceros presentir este suceso, cuando estoy acostumbrado á haceros partícipe de todas mis impresiones, de todas mis alegrías y mis penas. Si he guardado silencio sobre un hecho tan importante, es porque no hace mucho que he conocido que me aman, y porque hace poco tambien que he comprendido toda la fuerza de mi afecto.

"En una de las primeras cartas que os dirigí desde este punto os hablaba de mis vecinos los Perkatof. Me caso con su hija única María. Estoy en la íntima conviccion de que seré muy dichoso con ella, pues me ha inspirado no una pasion efímera, sino un sentimiento verdadero y profundo que es una mezcla de amistad y amor. Su carácter dulce y risueño concuerda perfectamente con lo que yo he deseado siempre. Es instruida y tiene conocimientos musicales... ¡Si pudiérais verla!... Os mando su retrato, dibujado por mí; pero es cien veces mejor de lo que parece en esa imágen. Ya os quiere con un afecto filial, y anhela estar á vuestro lado. Tengo el proyecto de dejar el servicio, de retirarme á mis haciendas y administrarlas. El padre de María posee cuatrocientos siervos. En cuanto á fortuna, ya veis que no tendré que arrepentirme de mi resolucion. He pedido una licencia para ir á Moscou, y luego nos veremos. Esperadme dentro de quince dias. Mi querida madre, ¡cuán dichoso soy!..."



Lo restante de la carta no puede interesar á nuestros lectores.

Kister cerró y selló esta carta, se levantó, se acercó á la ventana, encendió una pipa, permaneció pensativo un buen rato, y luego volvió á su mesa, tomó un plieguecillo de papel, mojó con cuidado la pluma en el tintero, y se quedó algunos instantes inmóvil, antes de comenzar á escribir. Luego frunció las cejas, levantó los ojos al cielo, limpió la pluma, y al cabo trazó en quince minutos las líneas siguientes:

"Al señor Avdiei Ivanovitch:

"Después de nuestra última entrevista (hace unas tres semanas) no me saludais, no me habláis, y parece que poneis cuidado en evitarme. Todo hombre es sin duda libre de sus acciones. Habeis tenido por conveniente romper nuestras relaciones, y podeis creer que no me dirijo á vos en este instante para quejarme de este rompimiento. No tengo la costumbre de imponerme á nadie; me basta ser lo que debo ser. Os escribo porque mi deber me lo ordena. He ofrecido mi mano á María Perekatova, que ha aceptado, y sus padres han consentido en nuestra unión. Os doy la noticia directamente para prevenir todo error y toda interpretacion falsa. A decir verdad me importa poco la opinion de un hombre que no hace ningun caso de las opiniones de nadie; pero os escribo para que no se pience que obro en secreto. Presumo que me conoceis y que no atribuireis este paso á ningun motivo ridículo. Como es la última comunicacion que tendré con vos, en memoria de nuestra antigua amistad, me dispensareis que os desee toda clase de prosperidades.

"Me repito con una profunda consideracion, vuestro obediente servidor

"TEODORO KISTER."

Kister mandó esta carta á su antiguo amigo y pidió su coche. Alegre y satisfecho se paseó algunos instantes por su cuarto cantando, tomó un cuaderno de romanzas y le ató con una cinta azul.

En esto la puerta se abrió y apareció Lutchkof de capote, sin charreteras y con la gorrilla en la cabeza.

Kister se paró sorprendido en medio del cuarto sin acabar de atar su cuaderno,

—Os casais con María Perekatova? le preguntó Avdiei con serenidad.

Kister contestó con una señal afirmativa, y luego dijo á Lutchkof.

—Caballero, las personas de educacion cuando hacen una visita se descubren y saludan.

—Disimuladme, repuso el espadachin quitándose la gorra; os doy los buenos dias.

—Buenos dias, Lutchkof. Me preguntais si me caso con María Perekatova; ¿no habeis recibido mi carta?

—La he leído; os casais y os felicito por ello.

—Gracias; pero ahora tengo que salir.

—Desearia explicarme con vos, Teodoro Teodorovitch.

—Con mucho gusto; os confieso que esperaba esa explicacion; vuestra conducta conmigo ha sido tan singular y tan poco merecida á mi parecer... pero sentaos; ¿quereis fumar?

El capitan se sentó, y retorciéndose los bigotes y arqueando las cejas dijo:

—¿Podria saber por qué habeis disimulado conmigo durante tanto tiempo?

—Cómo pues?

—¿Por qué os habeis dado la apariencia de un hombre cándido, cuando no érais mas que un pobre ser como todos nosotros?

—No os comprendo. ¿Os he ofendido en alguna cosa?

—No me comprendeis?... Corriente: me explicaré de otro modo: decidme si experimentábais hace tiempo una inclinacion hácia María, ó si os habeis enamorado de ella de repente.

—Deseo no hablar de mis relaciones con esa jóven, repuso Kister con frialdad.

—Como gustéis; pero en ese caso me permitireis os diga que os habeis burlado de mí.

Avdiei pronunció estas palabras con lentitud y haciendo varias pausas.

—No podeis tener semejante idea, contestó Kister.

—Y por qué razon?

—Porque me conoceis.

—Os conozeo!... Quién os conoce?... ¡Alma singular... selva sombría... compañero en apariencial!... Sé que leéis versos alemanes con emocion y aun con lágrimas en los ojos; sé que en vuestro aposento teneis muchos mapas; sé que cuidais vuestra persona; eso sé y nada mas.

Kister comenzaba á incomodarse.

—¿Puedo preguntaros, dijo, cuál es el objeto de vuestra visita? Hace tres semanas que no me habeis saludado, y me parece que venís á mi casa con intencion de burlaros de mí. Cuidado! no soy un niño, y no permito á nadie...

—No hay burla ninguna, Teodoro: he venido á veros, á dirigiros tranquilamente una pregunta muy sencilla: os suplico que me expliqueis vuestra conducta: decidme: ¿no sois vos quien me llevó casi por la fuerza á casa de los Perekatof? ¿No me habeis persuadido de que me volvería otro hombre? ¿No me habeis puesto en relacion con la virtuosa María? ¿Cómo no he de pensar que os debo la amable explicacion que tuve con ella, y que ella no habrá dejado de contaros en los mejores términos? Una jóven cuenta todas las cosas á su novio, y no puede olvi dar en su narracion sus astucias, sobre todo cuando son inocentes. ¿Cómo no he de creer que se han burlado de mí por culpa vuestra? Esa era sin duda la parte que queriais tomar en mi regeneracion.

—Oidme, Avdiei, repuso Teodoro; si, lo que parece difícil de admitir, estais persuadido de lo que decís, haceis mal, muy mal en hablar de un modo tan injurioso de mis proyectos. No trataré de justificarme; apelo á vuestra memoria y á vuestra conciencia.

—Sí, recuerdo que sin cesar hablábais en voz ba-



ja con María. Pero hé aquí una cosa mas grave; permitidme os pregunte si no fuisteis á casa de los Perekatof despues de haberos dicho, necio de mí, que tenia una cita con María.

—Cómo! podríais suponer?...

—No atribuyo á otro lo que no me atribuiria á mí, respondió Lutchkof con una frialdad mortal; pero me lisonjeo de que los demás no valen mas que yo.

—Os engañais, exclamó Teodoro impetuosamente; los demás valen mas que vos.

—Reciban mis felicitaciones, pero...

—Pero, exclamó Kister con impaciencia, recordad en qué términos me hablasteis de aquella cita... Por lo demás esta discusion es inútil; pensad de mí lo que gustéis, y obrad en consecuencia.

—Esto es preferible; la franqueza ante todo.

—Qué quereis decir?

—Comprendo vuestra situacion, Teodoro, añadió el capitán con una expresion hipócrita de interés; es muy desagradable en verdad; un hombre ha desempeñado un papel de comedia y nadie ha visto al cómico....

—Si pudiera pensar, dijo Kister sofocando su ira, que hablais en este momento bajo la impresion de un doloroso sentimiento de amor, os perdonaria y os compadeceria... pero en todas vuestras reconvencciones, en todas vuestras calumnias no hay mas que la vanidad herida, y no puedo teneros lástima... Merecido teneis lo que os sucede.

—Dios mio! como habla este jóven! murmuró Avdiei... La vanidad!... puede ser; sí, mi vanidad ha recibido una herida muy profunda. ¿Pero quién no tiene su amor propio? ¿No le teneis vos? Y como yo tengo el mio, no permito que nadie se compadezca de mí.

—No lo permitís? Qué expresion es esa? exclamó Kister con altanería; no olvideis que están acabadas nuestras relaciones. Os suplico que me tengais todas las consideraciones debidas á una persona decente.

—Me recordais que están concluidas nuestras relaciones, dijo Avdiei; por compasion no os saludaba ni me acercaba á vos... ya que me compadeceis, me permitireis que os compadezca... No queria ponerlos en una situacion embarazosa, despertar un remordimiento en vuestra conciencia... Me hablais de relaciones concluidas como si pudiérais ser mi amigo despues de vuestro matrimonio. Pero nunca lo habeis sido sino para divertirlos á mi costa.

La injusticia del capitán ponía el colmo á la irritacion de Kister.

—Cortemos, dijo, una conversacion tan penosa. Confieso que no concibo por qué habeis venido á verme.

—No lo concebís?

—No.

—De veras?

—Os lo juro.

—Cosa extraña en verdad, muy extraña en un hombre de talento como vos.

—Me hareis pues el favor de darme á conocer...

—He venido, señor mio, dijo Lutchkof, leván-

tándose lentamente, á provocaros en duelo. ¿Me comprendeis ahora? Quiero batirme con vos. Creiais escaparos?... ¿No sabiais quién es el capitán Lutchkof?

—Muy bien, respondió Kister con frialdad, acepto el desafio. Me enviareis vuestro padrino.

—Sí por cierto, murmuró Avdiei sin moverse, como un gato que no puede alejarse de su víctima... Sí, declaro que tendré un gran placer en ver entrar en esa rubia cabeza ideal la bala de mi pistola.

—Parece ser que injuriáis todavía despues del desafio, repuso Kister con desprecio; salid de aquí.

—Hasta la vista, Teodoro Teodorovitch.

Avdiei tomó su gorra y salió.

Kister se paseó algunos instantes por su aposento. Su rostro estaba inflamado y su corazon se agitaba con violencia. No tenia miedo, y su ira habia pasado ya, pero se preguntaba cómo habia podido tener por amigo á un ente semejante.

En cuanto al duelo, celebraba la ocasion; así acabaria de una vez con aquel hombre y con el pasado, y entraria con toda libertad en una vida nueva. Le parecia que la imagen de María la sonreía prometiéndole el triunfo.

—No, no, se decia con calma, no sucumbiré, no puedo sucumbir.

Encima de la mesa estaba la carta que acababa de escribir á su madre. Un instante se oprimió su corazon al verla, y resolvió no mandarla en seguida. Kister experimentaba entonces esa especie de excitacion de fuerza vital que la mayor parte de los hombres sienten en presencia de un peligro.

Reflexionó tranquilamente en las diferentes consecuencias que aquel desafio podia tener, y se resignó á la idea de sufrir y de estar durante algun tiempo separado de María; luego pensaba con firme esperanza en el porvenir, y tambien se prometia no matar á Lutchkof.

Despues de estas reflexiones buscó un padrino, ordenó sus asuntos, y en cuanto comió, salió para la aldea de Perekatof. Toda la noche estuvo muy alegre, quizás con exceso.

María tocó el piano; no tenia el menor presentimiento de lo que acababa de pasar, y coqueteó graciosamente con Kister. Al pronto aquella indiferencia afligió á Teodoro, pero luego la consideró como un feliz presagio.

María le habia cobrado un afecto cada vez mas grande; el sentimiento de la felicidad era en ella mas fuerte que el de la pasion. Además Kister la desviaba de los deseos exagerados, y ella se sometia agradablemente á su influencia.

Nenila queria á Kister como á un hijo, y Sergio, como de costumbre, seguía el ejemplo de su esposa.

—Hasta la vista, dijo María á Kister acompañándole hasta la antesala y mirándole con suave sonrisa en tanto que él la besaba la mano.

—Hasta la vista, respondió Teodoro con confianza.

Pero cuando se halló á media versta de la aldea, se alzó en su carruaje con inquietud para contemplar otra vez mas los balcones de la jóven.

Toda la casa estaba sombría como un sepulcro.



## XI.

A la otra mañana á las once, el viejo mayor que servia de padrino á Kister, se presentó en su casa, y estirándose sus bigotes canos, maldecía á Lutchkof. El coche estaba enganchado. Kister entregó al mayor dos cartas, una para su madre y otra para María.

—Para qué esta precaucion?

—No se sabe lo que puede suceder, respondió Teodoro.

—Qué locura! Le mataríamos como á un conejo.

—Dios nos guie.

El mayor se metió tristemente las cartas en el bolsillo, y al instante se pusieron en marcha.

Cerca de un bosque pequeño á dos verstepes de Kirilof encontraron á Lutchkof y á su padrino, el sentimental ayudante que fué su amigo antiguamente.

Hacia un tiempo hermoso. Los pájaros cantaban en los árboles, y á poca distancia un lugareño removía la tierra.

En tanto que los padrinos median las distancias, establecían las barreras, examinaban y cargaban las pistolas, los dos adversarios permanecían sobre el terreno sin mirarse.

Kister daba algunos paseos con aire indiferente, blandiendo una varilla entre sus manos.

Avdiei estaba inmóvil con los brazos cruzados y fruncido el ceño.

Se acercaba el momento decisivo.

—A vuestros puestos, señores, dijeron los padrinos.

Kister se adelantó rápidamente hacia la barrera; pero no había dado cinco pasos cuando tiró su antagonista.

Teodoro se estremeció, dió otro paso mas, vaciló, inclinó la cabeza, luego sus rodillas flaquearon, y al fin cayó en tierra como un cuerpo muerto.

El mayor se precipitó hacia él.

—Adios! dijo el moribundo.

Avdiei se acercó á su víctima. Su rostro sombrío y enjuto manifestó una expresion de conmiseracion dura y fria.

Inclinó la cabeza ante el mayor, y el ayudante como un culpable, montó en silencio á caballo y se dirigió al paso hacia la morada del coronel.

María vive todavía.

FIN.

### ADVERTENCIAS A NUESTROS SUSCRITORES.

1.<sup>a</sup> Que con el presente número se acompaña el prospecto de nuestra publicacion para el próximo año de 1861, ó sea el vigésimo de su existencia, y llamamos la atencion de nuestros favorecedores hacia los regalos que ofrecemos á los que se suscriban por un año anticipado.

2.<sup>a</sup> Que siendo por desgracia repetidísimas las faltas que se experimentan en el recibo de la correspondencia que trae sellos de franqueo para pa-

gos de suscripciones, suplicamos á los que nos quieran favorecer con las suyas lo hagan por medio de libranzas de tesorería ó del giro mútuo, para evitarse los perjuicios que aquel medio les ocasiona.

3.<sup>a</sup> Desde el presente número empezamos á servir las suscripciones de los que nuevamente han hecho su abono desde 1.<sup>o</sup> de Enero, con objeto de que recibiendo el prospecto de 1861, por él elijan el regalo á que tienen opcion, en vez de hacerlo por el del presente año, sin que por esto deje de quedar á salvo su derecho respecto al importe del citado regalo.

4.<sup>a</sup> Que no hemos servido las reclamaciones que se nos han dirigido por las faltas que muchos Señores Suscritores han notado en el recibo del cuaderno del presente mes, porque habiéndose retrasado su envío por causa del almanac, creemos habrá llegado á sus manos con posterioridad á su reclamacion; pero si así no fuese, con su nuevo aviso serán complacidos, por proceder entonces la falta de algunas de las administraciones subalternas de correos, que parece se han propuesto que LA MODA tenga que hacer una doble tirada para que sus Suscritores no sean perjudicados.

## ANUNCIO.

*Almanac Profético para el año de 1861.*

Acaba de salir á luz esta curiosa publicacion, y como las de los años anteriores, se halla de venta en la imprenta de la *Revista Médica*, plaza de la Constitucion núm. 11, al infimo precio de 6 rvn. Los Sres. Suscritores á nuestro periódico que radiquen fuera de esta ciudad y deseen obtenerlo, podrán adquirirlo al mismo precio de venta aquí, dirigiéndose al Administrador de LA MODA, remitiendo su importe en libranza de tesorería ó sellos de franqueo.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

*La tierra es guerra sin matadores.*

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1860.—Imprenta de la *Revista Médica* á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion número 11.

